

AMÉRICA, VERSIÓN CELESTE DE JUAN LARREA

Por José Paulino

Juan Larrea (1895-1980) ocupa un lugar peculiar en la literatura española del siglo XX. Inserto desde muy temprano en los movimientos de la vanguardia hispana (en Madrid tuvo relación con Cansinos, por ejemplo), se convirtió, sin embargo, en *extrañado* por su ausencia de España y, más aún, por el abandono del español como lengua de escritura poética, ya que adoptó el francés mientras residía en París. De ese modo, apenas por medio de su amigo Gerardo Diego puede seguir en contacto con el mundo literario español, que ignora o duda de su existencia. Y ese «extrañado» se alejará aún más y más definitivamente, en una órbita de alcance universal, al convertirse en *exiliado* al término de la Guerra Civil, después de haber abandonado completamente la composición poética y cualquier intento de publicación (aparte de un pequeño cuaderno: *Oscuro Dominio*, México, 1934.)

Así, su obra quedó parcialmente inédita y escasamente conocida, hasta que a finales de los años sesenta pudo aparecer en Italia y al año siguiente en España, con el título de *Versión Celeste*¹. Los extensos libros de prosa, por otra parte, publicados en México, Argentina o Estados Unidos, son casi inasequibles y sólo recopilaciones antológicas o selecciones han tenido alguna presencia en ediciones españolas².

Se advierte, pues, que volver a recordar su figura no es un empeño superfluo, sino absolutamente necesario. Superado el centenario del nacimiento³ (tan explotado en otros casos) las circunstancias históricas y la cronología vuelven a hacer de este momento ocasión muy favorable, pues en 1999 se cumplen ochenta años de su primer encuentro poético con Huidobro, que le abrió el camino hacia la *verdadera* poesía que él buscaba y que desarrolló (unos años más tarde) en su ámbito de *extrañado*. Pero también se conmemora el sexagésimo aniversario del final de la Guerra Civil, la cual supuso la sacudida final para su planteamiento de una interpretación poética absoluta de la historia (como queremos mostrar en las páginas siguientes) desde su marginación radical de exiliado. Parece una conjunción de fechas y conmemoraciones tan característicamente larreana que se hace preciso vol-

¹ *Versione Celeste*. Torino, Einaudi, 1969. *Versión Celeste*. Barcelona, Barral, 1970. Pról. de L. F. Vivanco.

² Recuerdo solamente las siguientes: *Razón de Ser*. Madrid, Júcar, 1974. *César Vallejo y el Surrealismo*. Madrid, Visor, 1976. *Ángulos de visión*. Barcelona, Tusquets, 1979. *Torres de Dios: Poetas*. Madrid, Editora Nacional, 1982. *Rubén Darío y la nueva cultura americana*. Valencia, Pre-Textos, 1987. *Orbe*. Pról. y sel. Pere Gimferrer. Barcelona, Seix-Barral, 1990. Por muchas razones Díaz de Guereñu ha hablado de «la continua desdicha que ha afligido a sus escritos»...

³ Con este motivo publica Juan Manuel Díaz de Guereñu *Juan Larrea: versiones del poeta*. Bilbao, Universidad de Deusto, 1995.

ver sobre su obra, al menos en un aspecto. Sea, por ejemplo, éste de América, su clave de interpretación de la historia como fuerza espiritual que, aunque desconocida, da testimonio de sí en la palabra y la cultura.

Este tema y su peculiar y englobante modo de presentación hacen de su obra en prosa una de las emergencias literarias más extremas y extrañas de nuestra época, obra que creció tumultuosa y a veces polémicamente, hasta hacerse una frondosa planta exótica, incapaz de prosperar en un clima donde domine el espesor de los principios establecidos o la convención del pensamiento racionalmente particularista.

Partimos del plano biográfico para establecer los presupuestos vitales desde los que Larrea accede a su percepción de América y a su expresión en el texto literario, pues éste es básicamente interpretación de sus experiencias personales precisas, inmediatas, localizables: la estancia en el altiplano, el exilio de la guerra, a partir de necesidades o insatisfacciones previas y largamente gestadas. Luego, analizaremos los rasgos y caracteres con que se presenta el continente americano y su verdadero significado univocal, para terminar de nuevo en la conjunción de biografía y poesía, es decir, en la lectura que hizo de la obra de sus amigos poetas americanos.

1. FORTUNA E INFORTUNIO EN LAS RELACIONES DE JUAN LARREA CON AMÉRICA

Desde su origen, infancia, aficiones, intereses, estudios y primeras relaciones amistosas, nada parecía dirigir la vida de Larrea hacia una profunda y decisiva experiencia americana. Había nacido en Bilbao en una familia de corte tradicional, acomodada; realizó sus estudios en la Universidad de Deusto y luego de algunas vacilaciones decidió preparar oposiciones en Madrid. Pero el año 1919, por medio de Gerardo Diego ⁴, conoce Larrea las primeras composiciones de Vicente Huidobro, bajo cuya impresión escribe él mismo uno de sus poemas iniciales verdaderamente significativo, aquel titulado *Evasión*, que comienza:

*Acabo de desorbitar
al cíclope solar.*

Y concluye:

*Finis terre la
soledad del abismo
Aún más allá
Aún tengo que huir de mí mismo.*

Cuando en 1921 gana Juan Larrea las oposiciones al prestigioso cuerpo de Archivos, Bibliotecas y Museos y es destinado al Archivo Nacional de Madrid, su suerte, en lo externo y aparente, puede creerse ya fijada. Ese mismo año, sin embargo, con motivo de una conferencia de Huidobro en el Ateneo, establece una relación con el escritor chileno que estrechará en sucesivos encuentros y que le permitirá visitarle varias veces en Francia durante los veranos. En una de estas ocasiones conoce, casi por casualidad, a César Vallejo. Comentaremos en el último apartado

⁴ J. LARREA, *Cartas a Gerardo Diego. (1916-1980)*. Ed. de E. Cordero de Ciria y J. M. Díaz de Guereñu. San Sebastián, Zurgai, 1986.

de este estudio la interpretación larreana de la poesía de Huidobro y Vallejo. Anotemos ahora tan sólo su vinculación personal con ellos.

Y aquí nos encontramos con la primera ruptura externa e importante de su vida, debida a la sugestión que ejercen en su ánimo estos escritores americanos. Después de vacilaciones que duran un par de años, en 1926 abandona su puesto, su trabajo, su seguro porvenir y va a profesar Poesía a París. Es así como él mismo presenta su decisión. Ese salto, que se produce por imperiosa necesidad interior, le precipita, sin embargo, en un largo periodo de grave inestabilidad psicológica y desgaste emocional. Conoce la influencia del alcohol, las drogas, la vida bohemia. Es poseído por la afición al juego en las carreras de caballos, y mantiene una difícil relación con una joven francesa que identifica, en algunos de sus textos, con la inicial J⁵. Escribe, apenas publica y concibe y realiza una revista de corta vida: *Favorables. París. Poema*. Pese a todo, es también una época intensamente creativa, en cuanto a textos poéticos, que escribe preferentemente en francés y envía a su amigo Gerardo Diego⁶.

Después de tres años en París, en condiciones económicas precarias y sin acabar de encontrar satisfacción plena en el campo artístico, Larrea está sufriendo un proceso casi indefinido de enfermedad física y psíquica. Él mismo lo describe con estas palabras: «No parecían mostrar tendencia a satisfacerse las ambiciosas esperanzas que me habían animado a hallar por el cauce de la Poesía una solución suficiente a los conflictos angustiosos entre mis impulsos y mis atrofias que habían planteado en mi conciencia individual el mundo estrecho de mi educación y la atmósfera expansiva del siglo XX»⁷. Lo encontramos, pues, como un extrañado, ya no sólo geográfico y lingüístico, sino anímico. La enfermedad mental estaba al acecho. En enero de 1929 ha decidido ya cambiar radicalmente de vida. ¿Hacia dónde? Sigue el agarrotamiento. «Hiperestesia nerviosa contagiosa... Enfermedades, blenorragia, sarna. Decepción causada por algunos amigos. Precipitación al abismo. Y así transcurre lentamente el invierno... El médico no comprende mi estado...» Pero en mayo de ese mismo año comenzaron a mejorar algunas cosas. Un día, al volver del médico, se sentó ante su mesa, mirando fijamente un punto vacío en ella, abismado. Éste es su recuerdo en síntesis: «Lunes 13 de mayo... visita al médico. Fiebre. Regreso a casa (para no distraerme). Luz súbita: *comprensión y curación*»⁸.

Pocos meses más tarde, el 11 de julio, se casa de forma bastante súbita con una joven francesa de provincias, Marguerite (*Guitte*), con la que estaba en relaciones desde meses atrás, en un «gesto —escribe— de petulancia medio en broma y desde luego en desafío a las conveniencias personales y sociales»⁹. El hecho es que su

⁵ J. LARREA, *Orbe*. Barcelona, Seix-Barral, 1990, *passim*.

⁶ Recoge G. Diego algunos poemas en su *Antología* de 1932, pero no aparece reunida en España, como hemos adelantado, hasta *Versión Celeste*. Barcelona, Barral, 1970, y ahora en Madrid, Cátedra, 1989 (ed. de Miguel Nieto.)

⁷ J. LARREA, «Veredicto», en *Poesía*, nos. 20-21, 1984, pp. 33-34.

⁸ J. LARREA, *Orbe*, ed. cit., pp. 14-15. En *Veredicto* hace un relato más explícito que conviene recordar: «(Mas) he aquí que tras un buen rato de hallarme contemplando ante mi mesa el punto focal más intenso de mis negruras íntimas, allí donde no existen prácticamente las palabras porque no existe nadie que justifique el lenguaje, sentí que de pronto se me había ido la fiebre como por ensalmo. Y al mismo tiempo tuve la evidencia, en un desgarrón mental, que mi vida, tal como se estaba produciendo, no estaba encallada en el cero de los ceros y sus necias insustancialidades, sino que se estaba moviendo creadoramente hacia algún punto. *La vida tenía sentido*. («Veredicto». *Poesía*, n.º 20-21, 1984, p. 34).

⁹ «Veredicto», *Poesía*, 20-21, 1984, p. 36

mujer queda pronto embarazada, que determinados acontecimientos aparentemente casuales y sin importancia representan, ante sus ojos, nuevas afirmaciones de la vida¹⁰ y que, en este estado, y a pesar de la dificultad práctica que podía suponer la espera de un hijo, decide aceptar la invitación de unos amigos y embarcar hacia Perú.

Tal vez, ante esta decisión, un tanto extraña y arriesgada, surge la pregunta de qué impulso le lleva hasta América. ¿Sólo la ocasión de saber a su disposición la residencia de unos amigos bien acomodados? Parece escaso estímulo para quien estaba aún viviendo esas experiencias transformadoras... Podría ser una nueva necesidad de huir, dado lo penoso de su situación anterior. Pero, como hemos visto, en su conciencia esa etapa negativa había empezado a ser superada. No parecía preciso ese viaje para la recuperación de la salud. Queda lo que él mismo anota: otro salto hacia adelante, la necesidad de un cambio y de una transformación más honda, hacia una dimensión espiritual nueva que debe mostrar su plena realidad en *otro mundo*, en *un nuevo mundo*. Así lo podemos encontrar recogido en testimonios escritos, perfectamente contemporáneos y no retocados luego. A su amigo Gerardo Diego le dice en carta del 10 de enero de 1930: «Con Europa quisiera dejar todas sus viejas fórmulas de civilización. Quedarme desenvuelto y desnudo para encontrarme digno de bañarme en el manantial de la inocencia del mundo. Con esta mira empieza mi aventura»¹¹.

A pesar de las incertidumbres, desvíos y rupturas, este trayecto de Larrea muestra ciertas constantes. Abandona España —según citamos— por las contradicciones entre una educación y una vida represoras en España y los impulsos de libertad y de creación que venían de Europa. Ahora percibe el agotamiento de este viejo continente y decide un viaje (que, por otra parte, no es el primero que se le ocurría.) Y aunque no se mencionan circunstancias históricas, no será gratuito recordar algunos acontecimientos sociales y políticos de los años a que nos referimos (por ejemplo, la Dictadura de Primo de Rivera).

No es por todo ello una cuestión accidental que, en su plan de viaje, el destino fuera Juli, en una tierra elevada a orillas del lago Titicaca, aunque luego no llegó a establecerse allí. Pero visitó Arequipa, Cuzco, Macchu-Pichu... Y de nuevo escribe: «Los dos mil quinientos metros de altura en que me encuentro me dan alas nuevas y promesas nutridas para cuando... emprenda la más elevada ascensión. ¡Qué bien estoy viendo Europa! ¡Y qué bien desde esta gran altura voy a verme...!»¹² No deja de ser significativo que este comentario se refiera a la conciencia de sí y del mundo, a una claridad nueva de la mirada hacia afuera y hacia adentro. Esta correspondencia será luego decisiva para la articulación de su interpretación en su obra.

A esta visita corresponde la adquisición, por parte de Larrea, y de forma imprevista, al menos en sus comienzos, de una magnífica colección de antigüedades incaicas: tejidos, vasijas, tallas, figuras de turquesa y, finalmente, una cabeza monumental, que apareció en aquellos mismos momentos, identificada después como perteneciente a la estatua de Huiracocha. Emplea en ella la herencia recién recibida de su madre porque piensa en una inversión que, desde el punto de vista económi-

¹⁰ Véase la importancia que concede a la aparición de una paloma en J. PAULINO: «A esta desciende luz». *Zurgai*, 1995, pp. 8-9.

¹¹ J. LARREA, *Cartas a G. Diego*, cit., p. 233.

¹² Idem, carta del 24 de marzo de 1930, p. 234.

co, sea remediadora de su vida hacia el futuro. Pero la transformación interior está en marcha... y luego su idea se modificará profundamente, igual que lo hace él mismo.

También durante este tiempo nace su hija, a la que buscará nombre adecuado hasta encontrar, casi de manera casual, el de *Luciana*. Esa hija que, años después, morirá hecha fuego en el cielo americano.

Toda la experiencia, con su recorrido por tierras y paisajes altos y desolados, por sierras y por selvas, y aquella colección que ha reunido, símbolo de la cultura milenaria de su civilización, le dejan una marca definitiva, seña de identidad a la que siempre responderá, con sus estudios de arqueología americana, por ejemplo ¹³. Pero, más aún, definen su nueva personalidad. Él mismo nos presenta su cambio a través de la imagen de un descoyuntamiento, como si el yo estuviera compuesto de distintos elementos, seguido de un enrarecimiento de ese yo, afectado del mal de altura, para terminar advirtiendo que, «sin duda, el yo, esa unidad que dentro del individuo preside su eficaz existencia, ha estado *muerto*. De ahí esa sensación de resurrección que ahora experimento». Y añade: «sólo una sensación de absoluto primaba en mi cerebro; es decir, que había una pérdida de gusto de los valores relativos y de ahí esa sensación de absoluto, en todo parecida a la del vacío» ¹⁴. La plenitud y el vacío pueden ser en la mística expresiones equivalentes de la presencia interior de esa realidad última o divinidad. Tal como aquí se expresa. Así nos resulta del todo esperable que las cartas a su amigo Gerardo Diego, a mediados de 1931, en vísperas del regreso, ofrezcan un tono exaltado, optimista ¹⁵.

Viendo la evolución posterior de Larrea, podemos quizás adelantar que, a partir de esta nueva conciencia, le quedaba aún una tarea que le iba a ocupar el resto de su vida, pero que había plantado ya ahora su semilla y comenzaba a tener raíz: pasar de la sensación o experiencia inmanente del absoluto (aún como vacío) a la reflexión sobre él y a su expresión en el mundo objetivo de la realidad humana como plenitud que históricamente se sitúa en el porvenir americano.

A finales de ese año de 1931 Larrea llega de nuevo a París. Su primera aventura se ha cerrado y comienza un tiempo de actividad centrado en su nueva (y definitiva) vocación americanista. Renuncia a la escritura poética. La importante colección de antigüedades incaicas se exhibirá en el Trocadero de París, primero, en Madrid y Sevilla más tarde. Y aparece reseñada como colección J. L., semianónima, pues el yo de Juan Larrea ha cedido su puesto de primer plano a la realidad allí objetivada, en esos objetos, mostrando su convencimiento de no ser él mismo, «en lo personal», su propietario. Esta idea se hace verdad testimonial cuando, en 1937 y por solidaridad con la causa republicana, Larrea hace donación de todas las piezas al «pueblo español», creándose entonces la Biblioteca y Museo de Indias (por

¹³ Véase *Corona Incaica*. Córdoba, Facultad de Humanidades, 1960 y el manuscrito *Clamor de Macchu-Picchu*. Testimonio de esa preocupación constante es una carta de Larrea a su amigo José Tudela, americanista y ex-director del Museo de América, interesándose por el destino de una pequeña pieza de su colección, en 1971 (casi a los 76 años). (Por gentileza de la familia de J. Tudela).

¹⁴ J. LARREA, *Orbe*, cit. pp. 17-18 y luego algo semejante en p. 59.

¹⁵ «Tengo la impresión de encontrarme gigantesco —escribe el 17 de mayo de 1931—. De cuantas vertiginosas aguas me han bailado en el cerebro, desconozco cuáles permanecerán canalizadas, cuáles en libertad. Lo que sí sé decirte es que la imaginación ha trabajado como jamás pensé que pudiera trabajar.» Y pocos días después, añade: «El entusiasmo me acompaña: es increíble el sueño que he vivido y aún más lo que espero de mi contacto con Europa.» (22 de julio, 1931). *Cartas a G. Diego*, cit. pp. 237-239.

decreto con firma de Tomás Navarro Tomás.) Ese legado Larrea pertenece actualmente al Museo de América, que, en su nueva disposición, exhibe sólo una pequeña parte de las piezas, y no agrupadas; entre ellas la cabeza de Huiracocha.

Y así hemos arribado, casi improvisadamente, a la segunda gran crisis de Juan Larrea, la que tiene como objeto principal para él la historia colectiva de un pueblo en lucha, el pueblo español frente al fascismo, el cual representa más ampliamente el destino de la Humanidad en proceso de cambio doloroso a lo largo del siglo XX, cuyo rostro más trágico aparece en la contienda universal que sigue a la guerra española.

Durante estos años Larrea trabaja en París, asiste al Congreso de Escritores y Artistas de Valencia, sirve de enlace con Pablo Picasso para la composición del *Guernica*. El mundo de valores y el sentido de la historia se oscurecen para él a partir de la trágica experiencia de la guerra y de la cruel realidad de la derrota. Es preciso citarle de nuevo, aunque sea en un texto ya posterior: «con motivo de la guerra de España mi cosmovisión experimentó un cambio apreciable. Convencido de la plena justicia que asitía a la causa popular de la República [...] hube de tomar partido absoluto en el conflicto, siendo llevado a presumir que mis conceptos acerca de instaurarse el presentido mundo nuevo pedían cierta rectificación [...] Supuse entonces que el punto de aparición y arranque de lo nuevo debía ser la península, de donde irradiaría su virtud hacia la América española para extenderse al resto del mundo. Estimo que todo en esta concepción era verdad... Pero lo era en forma negativa, en acuerdo con su sentido dialéctico, predestinada a una sublimación trascendental (en testimonio del Espíritu).// Años de tortura atroz»¹⁶. Y su destino, en la plenitud de los sentidos de la palabra, no puede ser más que la tierra americana de nuevo, junto con tantos intelectuales, artistas y escritores. Y ahora definitivamente, a partir del 21 de noviembre de 1939.

Creo que en este momento se ha roto para Larrea el sentido inmediato de la historia y la posibilidad de comprenderla; vive en una cierta oscuridad, experimentándose sacrificado en unión del pueblo español, al que considera traicionado y al que se siente vinculado, y necesita restaurar un orden, un principio general de comprensión de la realidad, ya que los principios de verdad, justicia y paz han quedado anulados pues no pueden explicar el triunfo de sus opuestos, la fuerza, la violencia y la injusticia. O, si se quiere, necesita encontrar esos valores en una realidad superior en la que esta historia concreta vivida pueda ser integrada y adquiera un sentido. Recordando sus propias palabras: que su concepción era verdad, pero de un modo negativo, como momento dialéctico que debe ser negado a su vez para quedar superado o trascendido. De momento, el sentido inmediato que encuentra es el de un sacrificio martirial¹⁷.

Al hilo de esta progresión biográfica hemos establecido dos momentos cruciales para la relación de Juan Larrea y América. El primero se sitúa entre comienzos de 1930 y finales de 1931. El segundo parte de 1939 y será definitivo. Pero en ambos observamos un semejante proceso con etapas significativas: Hay un tiempo previo

¹⁶ J. LARREA, *César Vallejo y el Surrealismo*. Madrid, Visor, 1976, pp. 139-140.

¹⁷ «Mas al mismo tiempo proclamamos a la faz del orbe que si la voluntad política de España, encarnada en su régimen republicano, ha perecido, su verdadera causa humana sigue con más vigor que nunca en pie. Al ser bárbaramente inmolada en el plano nacional, no ha hecho sino universalizarse, confundirse con la causa tradicional del hombre, adquirir su entera dimensión, ingresar por la muerte en la vastedad sin límites de una nueva vida. (*España Peregrina*. 1, 4-5).

de profunda y desgarradora angustia, en que se pone en cuestión el fundamento de la existencia; un cambio, producido o apoyado por el viaje, en que América se muestra como refugio y asilo, pero, más aún, como fuerza, ánimo y energía que permite un nuevo impulso para unirse a un recién descubierto dinamismo, personal o colectivo, que se hace efectivo en el continente; y de este modo se ofrece como símbolo de un nuevo valor absoluto para dar sentido a la vida.

Esta relación debe mantener clara una diferencia entre el primer momento, donde el problema que domina es interior y propio sólo del sujeto, y el segundo, cuando ya Larrea ha captado su pertenencia a un grupo, a un pueblo, y se siente portador y parte del sentido colectivo. Pero hay un enlace de los dos momentos: el primero es el fundamento del segundo y éste la culminación o coronación de aquél. Del infortunio individual hemos pasado al universal, así como de la resurrección individual llegaremos a la proyección absoluta de la esperanza.

De cualquier modo que sea, Larrea mismo vio así la relación entre uno y otro momento:

Nada para mí más lógico. Los fenómenos que le había sido dado vivir a mi experiencia personal desde mi estancia en Perú (1930-31) habían determinado en mi conciencia un convencimiento radical y apasionadamente vocacional acerca del valor que el destino de América encerraba para la Humanidad futura¹⁸.

En América, pues, Larrea alcanza su plenitud y anticipa la de la Humanidad. Pero es sólo después de pasar todo el dolor posible. Allí nació su hija, y allí desaparecerá en el fuego... Su honda y permanente atención al estudio de la cultura americana no tendrá, durante muchos años, más que una recompensa precaria y la amistad de algunos intelectuales se verá amargada por los ataques, a veces virulentos, de otros.

Pero fortuna e infortunio no se limitan a su experiencia, sino que se alzan hasta la consideración intelectual del nuevo continente. Y es tal consideración a la que debemos ahora atender, bajo esta nueva fórmula:

2. EL CONTINENTE DEL ESPÍRITU

La actividad intelectual que desarrolla Juan Larrea en América es intensa e incansable hasta la hora de su muerte, prosiguiendo investigaciones y publicaciones en México, Nueva York y Córdoba (Argentina), con viajes esporádicos a distintos países del Continente. Y todo ello a pesar de la escasez de medios materiales que le acompaña fielmente durante muchos años, hasta que la ayuda y mecenazgo de su yerno le alivian. Durante los primeros años del exilio, esta actividad de organizador y de escritor parece más evidente. Es fundador y animador de asociaciones y comités, de la revista *España Peregrina*, y participa decisivamente en la creación de otra que ha cumplido más de medio siglo de insustituible labor, *Cuadernos Americanos*. Con ella se intentaba la síntesis de la cultura americana y de la aportación peninsular, y se realizaba, en la práctica, la idea de Larrea: la particularidad

¹⁸ *Teleología de la Cultura*. 1965. En *Ángulos de Visión*. Ed. de C. Serra. Barcelona, Tusquets, 1979, p. 41.

española se integraba en la universalidad americana, o, si se quiere, España rendía su «espíritu» en tierra americana. Con toda esta actividad, por detrás de sus labores externas y organizativas, Larrea escribe, decantando el proceso de su experiencia y construyendo el gran almacén de su arquitectura intelectual interpretativa.

Ya hemos descrito cómo, desde 1930, América se presenta en su espíritu como el mundo correspondiente a la nueva plenitud personal, que expresa a veces como crecimiento, encuentro del absoluto o resurrección. Es el mundo del Espíritu. Ahora, una década después, la destrucción de Europa le hace también esa realidad históricamente representable. Según él, empieza a apuntar el brote de una nueva época, cuyo germen estaba, hasta el momento, escondido en anuncios inconscientes, dentro del mundo de la poesía, de la cultura, del lenguaje. La germinación se ha producido y el árbol americano verá extender su sombra benéfica. Estamos, ya desde los artículos de *España Peregrina*, en el terreno de la síntesis intelectual de Larrea, que integra reflexión histórica, comprensión cultural e interpretación poética.

El extenso libro de dos tomos *Rendición de Espíritu* es el resultado material y tangible de esta elaboración y el primer texto donde, de forma completa y unitaria, expone su interpretación universal de América. Insisto en este calificativo de universal por dos razones:

- a) Porque América es el Nuevo Mundo, espacio aún posible para una Humanidad que alcance su plenitud histórica, sin divisiones polémicas y sin limitaciones;
- b) Porque todos los ingredientes elaborados por la historia, la cultura y, sobre todo, la religión, fundidos en el crisol del mito, le permiten el acceso a esa clave del pensamiento universal en cuyo centro figura América. Así, el continente, en su materialidad espiritual, deviene para Larrea figura de la salvación y objeto de su creencia.

Y esta fe poética de Larrea la encontramos expresada frecuentemente. Hagamos de nuevo mención de sus palabras, como resumen, tomándolas del prólogo de *Corona Incaica*:

Quien esto escribe está hablando por experiencia muy personal. Y lo hace en un estilo poético porque el carácter de dicha experiencia, igual que su proyección, así lo piden...

Quedó su conciencia imantada por una como vocación irrevocable de Nuevo Mundo ligado al destino de América donde había entrevisto el despliegue de un orden del todo inesperado, no en lo abstracto de la subjetividad, sino en la disposición de los acontecimientos exteriores...

Su convencimiento, a resultas de esta su ya larga y compleja experiencia que, por los datos que posee, le parece única y entrañada en lo esencial al contenido del continente nuevo, es que se halla surgiendo una nueva época, la del Nuevo Mundo universal, con la indispensable ingerencia creadora del Espíritu. (Ed. cit. en nota 12).

Este texto se publicó en 1960. Después de diversos avatares y de veinte años en tierra americana, con importantes cambios en la historia, Larrea seguía fiel a su convencimiento poético, que podemos resumir en forma de respuesta a dos preguntas complementarias: a) cómo piensa Larrea a América, en sí misma; b) cómo establece el vínculo entre América y España.

Ante todo, la recuperación de la denominación de Nuevo Mundo es mucho más que un homenaje, recuerdo o añoranza de la historia de los Descubrimientos. Es la

evidencia verbal de una realidad, puesta de manifiesto por la guerra mundial en Europa, que el mismo Larrea contempla como la ejecución de una sentencia. Estamos, con esa conmoción bélica, ante el fin de un tiempo, el propio de la cultura asentada en el mundo viejo, tiempo de particularidad y de odio a muerte. Pues, para Larrea, los principios sobre los que se ha fundado la civilización occidental son los de la dualidad, la discordia y el enfrentamiento.

Es llegada la hora, por tanto, y la ocasión de establecer una sociedad fundada en principios nuevos (y que, obviamente, son los contrarios de los caducos ya denunciados). Una sociedad que sólo podrá tener su asiento en una tierra nueva (y la evocación del *Apocalipsis* aquí no es gratuita), de carácter universal por su geografía, su historia y su apertura incondicionada al futuro; es decir, en América, continente universal o, como le gustaba decir, con entera propiedad en su lenguaje, el continente del Espíritu. «Versión celeste» de un continente naturalmente terrestre.

Esta idea tiene para Larrea el carácter de una convicción absoluta, a la que le conduce todo cuanto ha podido conocer, relacionar e interpretar de la historia cultural de la humanidad. Así, recupera el esquema tripartito de las épocas históricas. Ya ha ocurrido la del Padre, en Asia, y la del Hijo, en la Europa mediterránea que tiene su centro en Roma. Ahora se abre la tercera, la del Espíritu, en su propio espacio, aquel ultramarino al que apuntaban, inconscientemente y desde antiguo, las peregrinaciones al «finis Terrae», a Santiago de Compostela, pues en ellas se constataba el deseo de un más allá colectivo, de una *Civitas Dei*, propuesta por San Agustín, pero que no podían alcanzar.

Este espacio nuevo, atlántico, había mostrado desde el comienzo su universalidad, pues con él se completaba la imagen del mundo, que podía conocerse así en su plena redondez; y este mundo nuevo «representa, en cierto modo, la proyección de lo sustantivo y trascendente del mundo antiguo a un territorio nuevo, rico en futuro» [...] «sobre un fondo de autoctonía, originario del Asia, que presta a gran parte del ámbito americano una primordial cimentación pareja, viene a injertarse, andando los siglos, el otro polo, la Europa del Renacimiento —captamos el sincronismo— del *renacimiento*, con su precioso bagaje de ideales humanistas, verificables. Con la universalidad *es nacida América*»¹⁹. Añadamos a tal constitución la especial repercusión que cada movimiento emancipador y creador ha tenido allí, para concluir que si todavía se pueden observar dualidades y diferencias son, a juicio de nuestro autor, más bien accidentales, casi como una máscara que ha de ser despojada del rostro.

Pero el pensamiento de Larrea es aún más integrador. A todos estos datos hay que añadir la constitución geográfica, según la que observamos su extensión como único continente planetario, en los dos hemisferios, y su esquema, que representa fácilmente un ave —águila o paloma— con sus dos alas hemisféricas desplegadas. Estamos ante una realidad geomórfica unitaria, libre y pacífica.

Todo ello conduce a Larrea a su gran mito de América como crisol, síntesis universal, continente donde se lograrán las esperanzas y anhelos que ha ido proyectando la humanidad en el curso de su historia, aun sin comprenderlos. ¿Y qué imagen recogerá mejor que la del Paraíso terrenal esa unidad no condicionada, esa integración feliz del mundo? Esto es precisamente lo que, según Larrea, los primeros

¹⁹ Ideas reiteradas en *Rendición de Espíritu* y recogidas en «Hacia una definición de América», *Cuadernos Americanos*, nov-dic. 1942, pp. 10-33.

descubridores y sus seguidores querían decir, racionalizando, cuando hablaban de que en esa tierra debió haber estado aquel Paraíso terrenal de las Escrituras. Sólo que no apuntaban bien hacia el pasado, pues se encontraba en el futuro, ahora ya inmediato, aunque aún oculto ²⁰.

La segunda pregunta propuesta es cómo describe Larrea la relación entre América y España. Ante todo, es una relación anunciada, primero; realizada, después; y consumada, finalmente. En la Edad Media, el camino de Santiago y las peregrinaciones —lo hemos dicho— apuntaban más allá del mar; Colón fue el instrumento para la realización de ese sueño colectivo, el portador de los anhelos, y en su nombre iba inscrito el significado de su empresa: Cristóforo Colombo (el que lleva a Cristo paloma, es decir, el espíritu de Cristo); pero es en el tiempo presente cuando se consuma verdaderamente esa relación única por la inmolación de España. Si en la reflexión anterior el modelo era el esquema teológico trinitario proyectado sobre la historia, en ésta el molde para la construcción teórica será el libro del *Apocalipsis*.

Y es la obra *Rendición de Espíritu* la que expresa, desde su mismo título, esa relación última y definitiva entre España y América, que Larrea describe como la inmolación de la primera. Porque se trata de una muerte, pero también de una entrega del Espíritu, con mayúscula, lo que hace de España una realidad cristológica.

Resalta, ante todo, que España, por su posición en el extremo de la tierra antiguamente conocida, se configura como un límite, pero también como una avanzada, expresión *geográfica* de un más allá humano. Y su destino histórico es llevar de uno a otro lado del Atlántico el mensaje de la cultura europea, transmitir su universalidad. Pero esto sólo puede ser hecho de una manera total y definitiva si el primer sujeto particular muere, y entrega así su espíritu. España sacrificada es esa entidad que, en su aparente derrota militar, continúa el destino de su patrón, Santiago, transmisor de Asia a Europa, y, por su aspecto sacrificial se identifica como un Cristo colectivo. Este esquema interpretativo se completa, en la reflexión de Juan Larrea, con una pluralidad de aspectos complementarios, desde la relación de Santiago con la Virgen del Pilar, es decir, de la columna, asociada a las columnas de Hércules, hasta la significación de la fecha del Descubrimiento, el 12 de octubre, y el nombre del río español, *Ibero/Ebro*, inversión de *orbe*.

Y el punto intermedio, el sujeto preciso de ese sacrificio y representante de una causa general, es el pueblo español en su particular constitución histórico-política como República. Naturalmente no se busca, por parte de Larrea, la precisión histórica del detalle en esta caracterización, sino el valor de su significación ²¹.

Pero había otro aspecto en que España había hecho ya entrega de su espíritu desde el comienzo de la relación, y es el lenguaje, que, a través de los místicos, Sta. Teresa y San Juan, se presenta ante Larrea como el lenguaje universal, de acceso a la divinidad, aquel mismo en el que llegaron a comprenderse todas las regiones de la Península y, posteriormente, (casi) todos los países de América, dando claras señales de pertenecer a un mismo orden espiritual y tener semejante idiosin-

²⁰ J. LARREA, «El paraíso en el Nuevo Mundo, de León Pinelo», *España Peregrina*, 8-9, 1940, pp. 74-94.

²¹ Con sus palabras: « La sustancia ibérica de la República española muere en el Orbe, abriendo de par en par las puertas del universalismo, ascendiendo a una dignidad no exclusiva, sino inclusiva... En este desenlace último, en esta apertura del decisivo sello, algún pueblo tenía que personificar al Cordero sacrificado...» *Rendición de Espíritu*, II, pp. 246-247.

crasia. Y también en esta última fase de la historia, cuando se produce la rendición del espíritu español, los acontecimientos históricos particulares van a ratificar, ante la mirada omnicomprensiva de Larrea, tal carácter universal del idioma español. Porque, en efecto, el resultado de la guerra es la dispersión y transbordo al nuevo mundo de la mayor parte de los poetas de España, aquellos a quienes está vinculado de un modo cualitativamente esencial el lenguaje. «El fenómeno parece ser único en la historia», apostilla Larrea en el texto que titula *La religión del lenguaje español*.

De este modo se cumple ese triple momento de la relación única de España con América, entrañada, entregada, abierta: Se anuncia como extremo de las ansias de todo un mundo; se realiza coincidiendo con el re-nacimiento; y se consuma cuando la contienda mundial parece poner en riesgo de muerte al Viejo Continente. Y todo se resume en que, ante la mirada de Larrea, «aparecen el pueblo español, Santiago y el Verbo hispánico, al amparo del *Apocalipsis*, como una entidad única y reveladora del inminente mundo del Espíritu, proyectado hacia América»²².

3. UN PENSAMIENTO QUE VIVE IMAGINARIAMENTE

Tal vez la excesiva pretensión de resumir los rasgos más sobresalientes de la reflexión de Juan Larrea sobre América, sin separarla de su propia trayectoria personal, nos haya llevado a reducir los perfiles y achatar las crestas de ese pensamiento, que tiene de todo menos suavidad de superficie. Expuesto, de todos modos, en su esencial contenido, será necesario, ahora, preguntarnos sobre su método y volver más detenidamente sobre los materiales con los que construye ese gran edificio, en cuyo ámbito intelectual habita el resto de su vida.

Ha señalado el profesor José Luis Abellán que la meditación larreana sobre América se inserta, de modo bastante natural, en un conjunto de teorías, escritos y comentarios que elaboraron los españoles del exilio al encontrarse en aquella orilla del Atlántico, y llegar a un *re-descubrimiento* de su inmensa, variada y pujante realidad. En este sentido, sólo la radicalidad con que nuestro escritor plantea las relaciones podría resultar, en apariencia, diferenciadora.

Pero es imposible una reducción final del pensamiento de Larrea a un común denominador de admiración e interés con el de otras figuras de españoles «trasterrados», según el término de Gaos, sólo que con mayor grado de envergadura o de constancia. Por el contrario, son varias —y muy decisivas— las notas que distinguen a Larrea dentro del conjunto. En primer lugar, la relación biográfica anterior, sobre la que hemos insistido continuamente, porque constituye una experiencia espiritual transformativa que pone el fundamento de toda la comprensión posterior y abre la mente del escritor para una configuración nueva de los datos ofrecidos por la realidad. En segundo lugar, porque se proyecta de una manera absoluta, íntegra, en la dimensión imaginaria, como una construcción de orden lógico-poético que engloba e interpreta todos los órdenes de la realidad (desde los geográficos a los onomásticos, por ejemplo); es decir, América constituye, como hemos dicho, la clave de un sistema nuevo y original. Y en tercer lugar, por la implicación

²² Véase: «El espíritu de España muerta, el Verbo español, sube a su Paraíso, a la Nueva España, a América, donde le espera su esposa, la visión de paz celestial...» *Rendición de Espíritu*, II, p. 199.

personal con que Larrea se conduce en su vida cotidiana en relación a ese pensamiento, polarizado por él, convertido en profeta de una visión que tiene ciertos rasgos de esotérica y de mística. En definitiva, sintetizando estas tres notas peculiares, podemos concluir que lo excepcional de Juan Larrea reside en la relación e implicación entre vida y Poesía, tal como él la va sintiendo y elaborando en diferentes momentos de su comprensión, desde su marcha a París, su viaje a Perú, el regreso a Francia y España, con el abandono de la escritura poética y el convencimiento de haber accedido a un nuevo nivel de interpretación poética de la Historia y del destino de la Humanidad. Desde entonces, vivir será para él vivir desde y para esa dimensión poética, colaborando con su propia obra a la emergencia de ese mundo en la conciencia del hombre.

Destaquemos, de todo este conjunto, uno de los rasgos, aquel que nos permita observar lo peculiar del método larreano. Y fijémonos en esa capacidad integradora del pensamiento que corresponde con la dimensión poética de la realidad. Larrea va elaborando en sus obras magnas del exilio, *Rendición de Espíritu*, *La espada de la paloma* y *Razón de ser* una teoría cada vez más abarcadora de la historia humana como impulsada por una energía o dinamismo que alienta en ella, que la dirige, más allá de sí misma, y que, en definitiva, busca su propio fin a través de los fines particulares, parciales y concretos de cada cultura y pueblo. Se trata de una entidad que se identifica como la Vida, el Espíritu y, finalmente, el Verbo, verdadero agente de la historia humana. Así entendida, se advierte que toda acción se inserta en ese impulso teleológico, finalista, que apunta a una meta, aun la que aparece más contraria a él; y que, según esto mismo, sea posible encontrar una doble dimensión en la conciencia de la humanidad, una que corresponde al nivel consciente, y otra propia del inconsciente, que es el más decisivo. Y en esa entidad se integran naturalmente los aspectos subjetivos y los objetivos de toda acción o comportamiento ²³.

Entonces se advierte que esa dualidad consciente/inconsciente se expresa mediante un sistema de relaciones simbólicas, sobredeterminadas por una censura colectiva. Lo que la humanidad desea inconscientemente sólo se manifiesta en clave —sobre el plano de la realidad histórica— por medio del arte, del lenguaje y de la expresión literaria.

¿Puede definirse ese deseo o expresarse esa finalidad inconsciente de la humanidad? Larrea cree que empieza a hacerse ya visible para algunas conciencias. Es el proceso o camino hacia una síntesis y superación de lo particular y de lo colectivo, del capitalismo y del socialismo como formas de organización social de esos principios generales, del espiritualismo individualista y del materialismo colectivista, hacia lo comunitario de una sociedad universal. Y es precisamente ahí, en ese destino, donde hemos encontrado la figura de América, espacio preciso y universal donde se cumplirán tales deseos.

¿Y cómo captar los signos de ese porvenir y su inminencia? Descifrando la clave del lenguaje del mito en que se ha inscrito de modo semejante a como en los sueños se proyectan los deseos reprimidos del durmiente. Escribe Larrea: «Existe

²³ Como es natural, este carácter no se percibe a primera vista. El mismo Larrea reconoce que «como consecuencia de la disparidad de las perspectivas consciente, individual y colectiva, de corto y largo alcance, el ser humano se encuentra disociado entre los intereses físicos y psíquicos» («Veredicto», en *Poesía*, 20-21, p. 27).

desde siempre en la Humanidad un lenguaje de registro superior al conjunto de los fonéticos utilizados en nuestra cultura babélica, es decir, el lenguaje de los Mitos auténticos que en realidad constituye un lenguaje ideo-imaginario... Me refiero a los Mitos esenciales de los pueblos, en los que se expresa el contenido de su ser histórico o de su destino en las sinuosidades de ese laberinto contorsionado de la creación histórica»²⁴.

El conjunto de plasmaciones mito-poéticas de la humanidad es lo que llama el cuerpo de la Cultura: «un sistema orgánico, o mejor, superorgánico, en el que se resuelven armónicamente los problemas materiales y los espirituales, los físicos y los metafísicos, conforme a la complejidad del ser humano»²⁵.

Por ello, a la hora de dar cuenta de su sistema ante su universidad de Córdoba (Argentina), y frente al ataque descalificador de sus adversarios ideológicos y políticos, tituló su intervención *Teleología de la Cultura*. Éste ha sido el intento doctrinal de Larrea, inmenso, desconcertante, sistemático por su intención, universal por su variedad, pues pretende fundir los datos y métodos de la Religión y de la Historia, libremente combinados con datos geográficos, artísticos, gnóstico-filosóficos, mitológicos, psicoanalíticos, cronológicos, biográficos, etc., a los que, por tanto, arrebatada del ámbito científico propio para trasladar su verdad (parcial) o su sacralidad al nivel integrador de la Poesía, noción suprema de orden imaginativo porque representa y reproduce el crearse mismo de la humanidad, ordenado hacia ese fin de perfección suma que expresa su definitiva Realidad. Es —si lo llamamos así— un sincretismo absoluto, pero ordenado, en que todo es signo analógico, pues entiende que la Realidad aparece cifrada como un lenguaje (que supera la división de las lenguas), que es el lenguaje propiamente poético. Recordemos que la última entidad de la realidad es denominada Vida = Espíritu = Verbo.

Establecidas la conexión y coherencia de todos los fenómenos en este nivel superior, poético, las coincidencias, sobre todo si se configuran de manera aparentemente natural en series, vienen a apuntalar la interpretación y a aclararla más íntima y precisamente²⁶.

Y si para Larrea la única visión interpretativa adecuada de la realidad es Poética, y en ella tiene una posición de clave el mito americano y todos los otros que a él apuntan, no nos extrañará que encuentre en su camino, como indicadores o encarnaciones parciales de esta realidad histórica a los mismos poetas, y precisamente a los que volviendo de América sobre Europa, buscan, desde su conciencia continental, un nuevo lenguaje, identificándose (aunque sea parcial e inconscientemente) con el destino y misión de su Continente.

²⁴ J. LARREA, *Torres de Dios: Poetas*. Ed. de J. M. Ullán. Madrid, Editora Nacional, 1892, p. 145.

²⁵ Id., p. 88.

²⁶ Como ejemplo, podríamos poner el caso curioso de aplicación numerológica que encontramos en *Rendición de Espíritu*. (Insistiré con el profesor Abellán en que esto no es una prueba, sino más bien la constatación de una evidencia). Se trata del número cuatro, número divino, partiendo de la forma cuadrada de España, capaz de articular en torno a ella los más dispares fenómenos. Y dice Larrea, para explicar su verdadero alcance: «este juego de números no se ajusta a un orden puramente matemático, sino más bien a un esquema poético, en el que se interesa la síntesis entre algunas razones matemáticas y otras de carácter significativo, verbal. La insistencia en la cifra 4 que presta fisonomía al conjunto responde más bien a un lenguaje *significante*» (RE., México, 1943, II, p. 87).

4. EL TESTIMONIO DE LOS POETAS

Hay, entre otros más ocasionales, tres poetas hispánicos —«comprometidos en el fenómeno poético trascendental»— importantes en la reflexión de Juan Larrea. Y son, por su orden cronológico y de importancia, Rubén Darío, Vicente Huidobro y César Vallejo. El primero, estimado desde siempre; y los otros, amigos y compañeros de vida en Francia.

Rubén Darío representa ya el poeta vate, porque anuncia de modo profético los acontecimientos decisivos del siglo que él inaugura, tanto los que se refieren a Europa como los que atañen a América. Entre los primeros, el heroísmo y sufrimientos del pueblo español (Soneto «España») y la invasión de Francia y ocupación de su capital (Poema «París»). Profecías que muestran el desgarramiento de Europa entera en la «Salutación del optimista». Darío presenta, en su personalidad contradictoria y en su obra variada, el problema general de nuestro mundo, la tensión entre presente y futuro, particularismo y universalidad, ideas metafísicas y reclamo de los sentidos. Desgarrado por estas ruedas dentadas, sólo es capaz de apuntar simbólicamente a otra realidad que pudiera armonizar pacíficamente el dualismo.

Darío, con su modernismo renovador del lenguaje, con su cosmopolitismo de caminante universal, con sus angustias y sus proyecciones de paz y porvenir, convoca a los poetas hispánicos y se anticipa a todos ellos como el Precursor que desde el Viejo Mundo apunta al Nuevo, en su totalidad. «Fue —dice Larrea— en cierto modo el Moisés que murió a la vista del nuevo mundo prometido»²⁷.

Referíamos al comienzo cómo Vicente Huidobro abrió el entendimiento de Juan Larrea a la poesía, de modo que, dice éste, «desde 1921 hasta su fallecimiento fue uno de los cuatro o cinco amigos personales y artísticos más dilectos de mi vida»²⁸. Ello le permite considerar su obra como un nuevo paso adelante en la superación de la confusión babilónica del lenguaje y no le impide reconocer que era a veces, y especialmente en sus ímpetus irreflexivos, juguete de un espíritu infantil que no atinaba a dominar. La cualidad general que va a destacar en él es, por supuesto, su imaginación liberada desde el comienzo y alimentada por todo su entusiasmo. Y, en cuanto a la obra, la importancia del poema *Altazor*, tanto en su organización de siete «Cantos», que lo configuran como una escala que integra ascensionalmente todos los procesos psíquicos individuales y colectivos, como en la disolución del lenguaje que, según Larrea, parece exhalar su último suspiro en la descomposición final de los sonidos articulados.

Así, en *Altazor* coinciden las aspiraciones desmedidas, la busca de una voz inmortal, con la desesperación de saberse condenado a muerte. Es una manifestación contradictoria del Verbo universal. De origen hispano, traspasado tempranamente a Francia y vinculado con España, Huidobro es un eslabón entre dos mundos que se entremezclan.

La importancia que reviste César Vallejo para Larrea desborda desalentadoramente las posibilidades de explicación en este momento. Desde su conocimiento y convivencia en París, su presencia en el momento de la muerte y su dedicación a la obra

²⁷ J. LARREA, *César Vallejo y el surrealismo* cit., pp. 157-158.

²⁸ J. LARREA, *Torres de Dios...* cit., p. 77.

en el *Aula Vallejo*, las vidas de ambos parecen entrelazarse²⁹. Por ello será este poeta la voz inminente y el sujeto más hondamente vinculado al proceso de emergencia y cambio cultural que hemos descrito. También él comparte la atracción europea desde su identidad americana y experimenta con desgarro esa doble dimensión de lo existencial personal e introspectivo y de lo universal.

En el tiempo último, tras la efervescencia de los años treinta, Vallejo se implica activa y emocionalmente en la guerra de España, a la que dedica su última obra, compuesta, corregida, ordenada en secreto y titulada *España, aparta de mí este cáliz*; esto significa, según Larrea, «que su literatura pertenece, por un lado, y al igual que España, al mundo que acaba, llamado a desaparecer, pero dando testimonio de su más allá...»³⁰. Tal relación con España es clave —es *la clave*— porque ya hemos visto el papel que representa el pueblo republicano en la interpretación neomúndica de Larrea. Por ello, Vallejo, como España, es el último poeta fronterizo y quien «rinda su espíritu».

Así, Larrea, en los meses definitivos de 1938, vive con angustia la enfermedad de su amigo, porque siente que su vida personal y el destino de la República están inexplicablemente entrañados. Cuando Vallejo muere, el 15 de abril, Viernes Santo, las coincidencias comienzan a dejar constancia de su sentido, por la identificación del Poeta con el pueblo español, al que entrega como legado su última obra, y con el Cristo víctima, cuyas palabras asume como mártir que da testimonio de una voluntad mesiánica.

* * *

Una vez llegados a esta altura es inevitable tropezar con la objeción que le salía al paso al mismo Juan Larrea. Mientras hablamos de una poesía que se mantiene en el puro sistema de signos del lenguaje, en una cifra de sí mismo, cualquier comentario es posible; pero si hablamos de una poesía que se realiza, que resulta ser la fuerza trascendente de avance de la humanidad y que marca su orientación teleológica, sustituyendo como principio de interpretación al materialismo, al positivismo, a la religión... (es decir, a todos los sistemas producidos por el pensamiento que han buscado una articulación de la realidad como totalidad con sentido) parece que nos hemos situado en un plano de asentimiento que tiene más que ver con la creencia que con la razón. Larrea pensaría que, desde luego, esa convicción no prescinde del conocimiento racional, pero requiere un conocimiento superior, el que es capaz de situar en su verdadero significado los símbolos contenidos en la religión y en la historia, superando también la oposición de lo subjetivo y lo objetivo del mismo conocimiento, del cosmos y el Logos, de principio y fin, de hechos y sentido. (En su caso, la razón última puede legítimamente buscarse en su biografía, pues se da identidad entre su proceso personal y el proceso hermenéutico, entre el resultado de su experiencia particular americana y el sentido de la historia universal³¹.)

²⁹ David BARY, *Larrea: Poesía y transfiguración*. Madrid, Ed. Planeta/Universidad Complutense de Madrid, 1976. *Nuevos estudios sobre Huidobro y Larrea*. Valencia, Pre-Textos, 1984.

³⁰ J. LARREA, *Torres de Dios...*, cit. p. 280.

³¹ «No sé si sabe usted que desde que residi en el Perú en 1930-31 he venido sosteniendo con hechos y dichos...mi creencia en una América del porvenir, libre y trascendida por el espíritu poético o simplemente por el espíritu...» en «Carta a un escritor chileno...» *Ángulos de visión*, cit., p. 419. Y también el texto de *Teleología de la cultura*, nota 14.

Desde este conocimiento que Larrea cree dado en él, como algo que le supera —«desde siempre se ha sabido en mí...» dice en *Veredicto*— su interpretación ofrece algunas claves que quisiera solamente apuntar ahora como final:

Larrea no piensa desde el pasado, sino hacia o casi desde el futuro, desde esa concepción teleológica de un avance continuo, inconsciente, que ya apunta auroralmente hacia la humanidad nueva o, como dice cervantidamente, hacia el Espíritumanidad que es también el reino de la Libertad.

Larrea no piensa desde la perspectiva de la victoria, sino desde la derrota. Su percepción cambió al consumarse ésta en la guerra civil, y llama a César Vallejo mártir indohispano. Pero el dolor y la muerte abren el camino a la manifestación del Espíritu, en Cristo, en Prisciliano, en España... y abren los ojos para comprender ese misterio de la historia.

Larrea no piensa desde la nostalgia o la restauración, sino, por el contrario, desde la instauración de lo nuevo y la apertura a la novedad absoluta, una vez perdido definitivamente lo anterior. La muerte del español abre la posibilidad de la existencia del hombre plenamente universal.

Y, por tanto, Larrea no piensa en clave de dominio o de poder. Ni en la manifestación del Verbo de la historia, ni en su parcial cumplimiento que ha sido la relación de España con América. Más bien ve los caminos de la historia y los suyos personales como el servicio incondicionado a ese porvenir que se realiza por sí y desde sí... y del cual los acontecimientos, los pueblos y los individuos sólo pueden ser testigos, y más aún, testigos desplazados.

Estamos ante un ejemplo peculiar, pero no único³², entre esos hombres que hicieron de América no sólo una circunstancia, sino un destino, un lugar de llegada y de elevación, y que desde la simple negación y carencia que suponía el exilio supieron sentir y pensar en un nuevo ámbito, remontando su condición inmediata. Esos hombres, inicialmente sin tierra, jamás se sintieron sin historia. Haber elevado esto a categoría absoluta, Poética, puede ser el contenido y el valor principal de ese pensamiento *heterodoxo* producido, reiterado, y, sobre todo, vivido por aquel ser extraño y exiliado, *desorbitado* según propia expresión, llamado Juan Larrea.

³² Véase ahora: José Luis ABELLÁN, *El exilio filosófico en América. Lo transterrados de 1939*. México-Madrid, F.C.E., 1998.